

ECUADOR Debate₁₁₅

Quito/Ecuador/Abril 2022

Memoria de las revistas político culturales

“¿Crisis institucional?": tres avatares
donde lo mismo siempre vuelve

· Conflictividad socio-política:
Noviembre/2021-Febrero/2022

· La *Nariz del Diablo* o cómo olfatear el
cambio de época

· *Caracola*: repliegue y apuesta por lo
público

· Una ruptura tierna e insolente: el
movimiento tzántzico y la revista
Pucuna

· *Nueva*: Itinerarios de un proyecto
progresista

· Cohesión y heterogeneidad social en el
cono sur de América (1870-1930). Una
aproximación desde las publicaciones
periódicas

· La revista *Cultura* del Banco Central del
Ecuador

· Desafíos para la transformación de los
sistemas productivos agrarios

· Un tema incómodo para las Ciencias
Sociales: la popularidad de pensadores
conservadores en círculos progresistas
de América Latina

· La reforma en el mercado de valores (II)

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

Ecuador Debate, es una revista especializada en ciencias sociales, fundada en 1982, que se publica de manera cuatrimestral por el Centro Andino de Acción Popular. Los artículos publicados son revisados y aprobados por la Dirección y los miembros del Comité Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente representan la opinión de *Ecuador Debate*. Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente: © **ECUADOR DEBATE. CAAP.**

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$. 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 - 2523262

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net - www.caapecuador.org

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

DIAGRAMACIÓN

David Paredes

IMPRESIÓN

El Chasqui Ediciones

ISSN: 2528-7761



ECUADOR DEBATE 115

Quito, Ecuador • Abril 2022
ISSN 2528-7761

PRESENTACIÓN. 3-8

COYUNTURA

“¿Crisis Institucional?”: tres avatares
donde lo mismo siempre vuelve 9-40

Fernando Bustamante

Conflictividad socio-política 41-51

Noviembre 2021-Febrero 2022

TEMA CENTRAL

La Nariz del Diablo o cómo olfatear el cambio de época 53-78

Julio Echeverría

Caracola: repliegue y apuesta por lo público 79-101

Mónica Mancero Acosta

Una ruptura tierna e insolente:
el movimiento tzántzico y la revista *Pucuna* 103-121

Susana Freire García

Nueva: Itinerarios de un proyecto progresista 123-141

María José Garrido

Cohesión y heterogeneidad social en
el cono sur de América (1870-1930).
Una aproximación desde las publicaciones periódicas 143-157

Ricardo González Leandri, Silvia Finocchio y Armando Minguzzi

La revista <i>Cultura</i> del Banco Central del Ecuador	159-172
<i>Irving Iván Zapater</i>	

DEBATE AGRARIO

Desafíos para la transformación de los sistemas productivos agrarios	173-185
<i>Rubén Flores Agreda</i>	

ANÁLISIS

Un tema incómodo para las Ciencias Sociales: la popularidad de pensadores conservadores en círculos progresistas de América Latina	187-204
<i>H. C. F. Mansilla</i>	
La reforma en el mercado de valores (II)	205-225
<i>Luis Rosero M.</i>	

RESEÑAS

Sujeto y campo de la visibilidad: una aproximación desde la arqueología de los discursos y la historia conceptual	227-229
<i>Santiago Zúñiga</i>	
Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo	231-234
<i>Gerd Steffens</i>	

La revista *Cultura* del Banco Central del Ecuador

Irving Iván Zapater

En este artículo se resume la trayectoria de Cultura, revista cuatrimestral editada por el Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador entre 1978 y 1992. La publicación fue iniciativa de Rodrigo Espinosa Bermeo, en los años de su aparición gerente general del Banco, y formó parte de un conjunto de actividades culturales encaminadas a la investigación y difusión culturales, así como a la publicación de libros y revistas, de gran trascendencia para los estudios culturales del país. Cultura fue, en su tiempo, posiblemente la revista más importante entre las de su categoría y resumió, en sus contenidos, estudios, artículos y notas en los ámbitos de la literatura, las artes y las ciencias sociales.

“La revista Cultura, es el más importante órgano literario y cultural del Ecuador en los actuales momentos. Larga vida para ella”.

Adalberto Ortiz (1983).

Ni bien concluidos los festejos que el Banco Central había organizado para conmemorar el cincuentenario de su fundación, su gerente general, Rodrigo Espinosa Bermeo, animó el deseo de prolongar el contenido de tales celebraciones, en lo que a las actividades culturales concernía. En realidad, a lo largo de todo ese año de 1977, el Banco había propiciado una serie de eventos de elevada calidad y de amplia difusión.¹ Los tres funcionarios a quienes se había encomendado la organización de los principales actos conmemorativos -Francisco Aguirre Vásconez, Simón Espinosa Cordero y quien suscribe este artículo-, fueron promovidos para dirigir, respectivamente, las tres áreas que configurarían el Centro de Investigación y Cultura: Difusión Cultural, Editorial e Investigaciones.

En la *Memoria Anual del Gerente General del Banco Central del Ecuador* correspondiente a 1978, se informó sobre la creación de tal unidad administrativa en los siguientes términos: “A comienzos de 1978 se creó en el Banco Central el Centro de Investigación y Cultura con el objeto de dirigir las políticas de la Biblioteca; cuidar de las publicaciones culturales; e iniciar la investigación en el campo de

1 Entre los actos que conviene recordar, se encuentran: la presentación de los Niños Cantores de Viena y del grupo de cámara I Musici, la publicación de varios libros y el auspicio para la impresión de otros, un ciclo de conferencias sobre aspectos económicos brindado por notables académicos estadounidenses, la organización de los primeros concursos de investigación científica ‘Isidro Ayora’, de composición e interpretación de música ecuatoriana y de artes plásticas.

la historia económica”. En aquel cuidado de las publicaciones culturales de que habla la *Memoria*, se inscribió la preparación de la revista *Cultura*.²

En la presentación del primer número de la revista, el propio gerente general del Banco, joven economista en aquel entonces y siempre iluminado por una encomiada sensibilidad hacia las manifestaciones culturales y a la promoción de los valores del ser humano, sobre todo del menos favorecido económica y socialmente, justifica tanto la creación del Centro como la publicación de la revista. Para él, la cultura no era un suplemento para una colectividad sino “la manifestación estructurada de su propia identidad, una necesidad sin cuya satisfacción quedan frustradas sus más profundas aspiraciones”.³ En ese mismo texto sostiene, la verdadera importancia de las entidades públicas como medios de expresión de las inquietudes del pueblo y, reafirma a la vez, el concepto ya generalizado por aquel entonces en los espacios académicos, de considerar al desarrollo cultural como condicionante de los cambios estructurales en la economía de un país. Es en ese convencimiento, afirmado también por la amplia y favorable recepción que la opinión pública había dado a los diversos actos culturales del cincuentenario, que el Banco se empeñó por participar directamente en la actividad cultural y de propiciar, así, la aparición de *Cultura*.

Más adelante, el propio gerente Espinosa al comentar tal aparición, califica el hecho como “comprensible y prometedor”. Y continúa:

Comprensible por lo expuesto; prometedor porque un medio de difusión cultural serio y constante, como trata de ser esta revista, será un vehículo apto para agitar ideas y favorecer el conocimiento de estudios, investigaciones y creaciones artísticas que, muchas veces, no llegan al público por razones de carácter económico. Por eso *Cultura* está abierta a todo aquel que, cumpliendo el requisito de calidad o científica o artística, necesite de un órgano de publicidad, y por esto mismo no es una revista de los funcionarios y empleados de la institución, aunque esté también al servicio de sus producciones culturales guardadas las condiciones indicadas, sino una revista del Banco Central para un modesto aporte a la cultura ecuatoriana.⁴

Y como resumen de tales esclarecedoras afirmaciones, el propio funcionario concluirá sosteniendo que la revista debe reflejar un “clima de libertad necesario

2 En dicho informe se recoge este dato: “En septiembre circuló la Revista Cultura, publicación del Banco Central del Ecuador para el fomento de la cultura nacional”. *Memoria del Gerente General del Banco Central del Ecuador*, Quito, Imprenta del Banco Central, 1979, 165.

3 *Cultura*, N° 1, mayo-agosto de 1978, p. 7.

4 *Cultura*, N° 1, p. 9.

para que el árbol de la cultura fructifique”, en la esperanza que tal ambiente “sea una realidad para esta revista”.

Desde un primer momento la conducción de *Cultura*, técnica y administrativamente hablando, fue encomendada a los mismos funcionarios que formaban la plana directiva del Centro de Investigación y Cultura, a quienes se incluyó en un llamado ‘Consejo Asesor’, aunque, para decir la verdad, así no aparece publicado, fue Simón Espinosa quien se encargó de coordinar y, más aún de dirigir, las actividades encaminadas a la edición de la revista, como también de todas las publicaciones que a partir de entonces y hasta 1981, formaron parte del programa editorial cultural de la entidad. Esto obedecía, por razones obvias de administración, a la asignación de propias y específicas responsabilidades a cada área del Centro y la publicación de la revista, como es natural, se inscribía en la de editorial. En los primeros números, el Consejo Asesor de la revista, mantenía reuniones para planificarla y sugerir posibles contenidos, pero, poco a poco, este trabajo fue recayendo en los hombros de Simón Espinosa quien, con su reconocida solvencia intelectual y permanente preocupación por el trabajo, la irá conduciendo por la senda de prestigio, marca distintiva de la revista durante todo el tiempo que apareció.⁵

De otra parte, se pensó que la revista bien podía ser preparada e impresa cada cuatro meses y se decidió que el tercer número del ciclo anual sea monográfico. Volviendo práctica la idea de promover su más amplia difusión, los primeros tres números fueron distribuidos gratuitamente y, en los siguientes, un conveniente subsidio del Banco permitió que el precio de venta sea asequible para el ecuatoriano de limitados ingresos. La acogida del público fue generalmente buena, si no entusiasta y fervorosa. La revista venía a llenar un vacío en el medio cultural, ofreciendo una publicación de alto nivel en el ámbito de las letras, las artes y las ciencias sociales. Era del tipo de la revista-libro, que en algún momento, muchos años atrás, hiciera alusión Benjamín Carrión.

Desde 1966, no aparecía la *Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana*, que tanto lustre dio a la institución en su época más floreciente de existencia y, las que preparaban la Sociedad Jurídico Literaria y el Grupo América, habían seguido la suerte de la ya decadente actividad de ambas instituciones. Por su parte, las dos academias, la Ecuatoriana de la Lengua y la Nacional de Historia, continuaban con su ya tradicional actividad editorial, pero sus publicaciones periódicas eran,

5 Si bien en los créditos de la revista aparecía un Consejo Editorial conformado por las tres principales autoridades del Banco, ello era una simple formalidad, rémora del ya añejo estilo institucional practicado por la entidad desde los años de su creación.

por su propia naturaleza, altamente especializadas. Y si existían en el país otras similares, seguían el mismo molde editorial.

Al llegar a su cuarto número, el propio gerente general, hallándose ya en los últimos días de una aplaudida gestión técnica y administrativa, volvió a escribir el editorial de la revista y en éste, a la vez que reconocía el logro de los fines propuestos por él para *Cultura*, precisaba que el interés que motivó al Banco Central para “editar una revista de cultura no fue un afán informativo más periodístico” sino el de propiciar la aparición “de ensayos y estudios (sobre la realidad nacional) algo extensos y especializados y, por lo mismo, sin cabida fácil en las publicaciones corrientes”.⁶

Y, en efecto, tal como sugieren las palabras del gerente fundador, a partir del segundo número la revista fue cobrando una personalidad definida: su contenido se estructuró por secciones, entre las cuales, como era obvio, se privilegió la de estudios, por lo general textos largos de reconocido valor científico; a la mencionada sección se agregaron las de creación, actualidad cultural, reproducción documental y reseñas. En cuanto a esta última, se pensaba en algo más completo: un boletín bibliográfico que acompañara a la revista, aspecto que en buena medida se lo cumpliría poco después con la aparición del *Anuario Bibliográfico*, cuya preparación se confió a un competente y tenaz investigador azuayo, aunque nunca acompañaría a la revista al estilo de un suplemento.

Como se mencionó, la revista era conducida por el Consejo Asesor, aunque Simón Espinosa la dirigía de hecho. Esto se aclaró en el número 6, cuando aquel empezó a constar como director titular de la revista, cambio al que se sumó, la desaparición del anterior Consejo Editorial, exclusivamente conformado por autoridades administrativas del Banco. En uno nuevo, se incluía los nombres de los antiguos miembros del Consejo Asesor, añadiéndose los de Juan Freile Granizo, Carlos Marchán Romero y Samuel Guerra Bravo, todos nuevos funcionarios del Centro.

Al llegar a su número 11 (septiembre-diciembre de 1981), Simón Espinosa anunciaba su retiro de la dirección con los agradecimientos debidos a quienes, como sus autoridades, habían apoyado a la revista hasta ese momento: los gerentes generales Espinosa Bermeo, Salgado Peñaherrera, Dávalos Guevara y Pachano Bertero; el subgerente general Samaniego Salazar -dicho sea de paso, voz

6 Rodrigo Espinosa Bermeo, “El segundo año de Cultura”, *Cultura*, N° 4, mayo-agosto 1979, p. 13. El contenido de una buena parte de estas afirmaciones no es sino la reproducción del editorial del número 2 de la revista.

de ejemplar aliento para toda nueva idea o proyecto en el ámbito de la gestión cultural del Banco-; y los gerentes administrativo y técnico, Jack Bermeo y Juan Casals, en su orden.

En uno de los acápites de aquella columna, decía textualmente:

La idea de que el Central tuviera una revista de cultura, fue del doctor Irving Iván Zapater, fundador con Francisco Aguirre y Simón Espinosa del Centro de Investigación y Cultura del B. C. Me cupo la tarea de iniciar y dirigir la revista hasta este número. Al dejarla en nuevas manos, no puedo menos de agradecer...⁷

En el siguiente número, el nuevo director -lo fue quien firma este artículo-, rindió homenaje al trabajo de Simón Espinosa con una nota en la cual, entre otros conceptos, manifestaba que la revista no sería el prestigioso exponente del pensamiento nacional, “sin su entusiasmo y sin su devota consagración” rindiéndole, a la vez “justo homenaje”.⁸ Aquella nota está ornada con un retrato a lápiz del antiguo director, expresamente solicitado al pintor Carlos Rodríguez, obsequiado posteriormente al retratado.

A partir del número 12 asumió, entonces, el nuevo director, quien lo sería hasta finales de la publicación, diez años después. Prosiguiendo el estilo de los primeros números, su nombre no aparecería sino a partir del número 14, aunque efectivamente desempeñó la dirección y condujo la administración desde los dos números anteriores. Buena parte de los artículos del número 12, monográfico dedicado al sesquicentenario del nacimiento de Juan Montalvo, habían sido ya presentados y aprobados para su publicación, decisión que se respetó y que permitió tan solo la inclusión de otros pocos a fin de completar y darle debida forma.

Desde el número 14, Francisco Salazar Alvarado reemplazaría a Samuel Guerra en el Consejo Editorial y Manuel Reyes fungiría como secretario. Esta plana de colaboradores tendrá cambios en los nueve años posteriores, en buena medida debido a movimientos de personal al interior del Banco o por la separación de algunos de la institución. En los siguientes años, a más de los anteriormente nombrados, cooperaron en la edición de la revista: Manuel Miño Grijalva, Carlos Landázuri Camacho, Agustín Armas Grijalva, Adrián Bonilla Soria, Rafael Cordero

7 *Cultura*, N°11, septiembre-diciembre 1981, p. 8.

8 *Cultura*, N° 12, enero-abril 1982, p. 9. Como precisión de carácter histórico, es conveniente recordar que fue un acto voluntario de Simón Espinosa su retiro de la dirección de *Cultura*, tal como él mismo lo confiesa en el texto del número 11. Ninguna de las autoridades del Banco y menos del Centro de Investigación y Cultura, le habían insinuado siquiera su partida.

Aguilar, Catalina Espinosa Villaquirán, Ramiro Salvador Roldán. En el último número, constarán Xavier Michelena y Ramiro Ávila Paredes.

Varios cambios de fondo y forma, fueron acentuando la ya definida personalidad de la revista; se comentaba más de estos últimos que de los primeros y esto puede ser verdad, pero a medias, pues la revista, si bien continuó manteniendo la reconocida calidad académica impresa desde un comienzo, fue avanzando en este rubro también. A ello, añádase la costumbre de editar en varios volúmenes los números monográficos; de cuidar con esmero y mejorar la sección dedicada al arte; de promocionar su aparición por los medios de difusión colectiva; de preparar índices periódicos de los números aparecidos hasta el momento; de traducir el índice a varios idiomas; de confiar la impresión a la mejor empresa del ramo en el país en aquel momento; de exigir que la encuadernación sea de cuadernillos cosidos con hilo; de microfilmear, para su conservación y venta, los números impresos, algunos de ellos agotados; de ofrecer separatas de sus artículos a los colaboradores y de mantener un generoso pago monetario por los mismos. Su defecto, el atraso en su aparición, pues el voluminoso trabajo que se habían impuesto sus redactores, exigía cada vez un más prolongado esfuerzo editorial, al punto que el número 26, correspondiente al periodo de septiembre-diciembre de 1986, no aparecería sino en el transcurso de 1988.⁹

A esto, no poco tiempo después, se fueron sumando diversas trabas de orden administrativo establecidas por el propio Banco, concebidas con el afán de someter diversos procesos, propios de la edición y circulación de la revista, a complicados trámites más adecuados para las áreas administrativas que para las de carácter técnico y, menos todavía, para las culturales. Se agregarían, luego, restricciones presupuestarias inspiradas en las políticas neoliberales instrumentadas en la institución desde 1990 y reforzadas con vigor y marcado dogmatismo en agosto de 1992 al inicio de un nuevo gobierno. Diversos argumentos, muchos de ellos de dudosa credibilidad, se esgrimieron para reducir progresivamente las actividades culturales del Banco Central e, incluso, para pensar en extinguirlas dentro de su estructura institucional con la voz de que “orgánicamente no le correspondían”.¹⁰

9 Se llegó a extremos como el de publicar en tres volúmenes el número 24, monográfico dedicado a recordar los 250 años de la Primera Misión Geodésica, con cerca de 1.300 páginas, suma equivalente a casi cuatro números de acuerdo con las previsiones iniciales que informaron la aparición de la revista. Un ‘tour de force’ imposible de proseguir dado los ya limitados recursos humanos con los cuales se contaba desde 1990.

10 A las complicaciones anotadas se suma el ambiente poco favorable a la gestión cultural suscitado en las altas esferas del mismo Banco. Nuevos funcionarios y otros antiguos promovidos a elevadas funciones, no comprendieron nunca la trascendencia de esta actividad, celos burocráticos incluidos. Paréntesis

Y, para colmo, una apreciable reducción de personal en las áreas culturales, afectó sensiblemente la administración correcta, técnicamente hablando, del proceso editorial.

Así, quedaron en archivo al menos siete números en concluido o avanzado proceso de edición, entre ellos tres monográficos, uno dedicado a incluir importantes trabajos sobre arqueología, producto de un certamen internacional, otro a la fotografía y, por fin, uno más sobre temas de ecología, todo ello referido al Ecuador. En los años siguientes no se intentó reanudar la publicación de la revista al menos con sus características originales. Los tiempos habían cambiado, sin duda alguna.¹¹

*

Tal como había insinuado el primer editorial, la revista asumió caracteres propios que, en el medio editorial de entonces, le fueron confiriendo una propia personalidad, diversa a la de otras similares en circulación. Inicialmente lo fue en algo que podría parecer sutil: su formato. Medía apenas 23.5 cm. por 14.5 cm, inusual en la práctica utilizada por los impresores de la época, entre otras cosas por el desperdicio de papel que ello ocasionaba. Pero este formato tenía otras cualidades, la principal, satisfacer el propósito de su más amplia difusión, sobre todo entre lectores de medianos recursos, pues podía ser leída con facilidad, aún para quien, con ella, se acomodaba en la banca de un transporte público o en el asiento de un taxi. Si a ello añadimos su precio de venta, inferior a su costo gracias al generoso subsidio del Banco, pues la probabilidad de que su circulación sea mayor a la acostumbrada para este tipo de publicaciones, se acrecentaba notablemente. No hay que olvidar, tampoco, que un tamaño reducido garantizaba su más fácil ubicación en los estantes de un librero para su consulta. Añádase a ello, buen papel y excelente impresión.

Pero ante estos aspectos que bien podrían considerarse menores, quedan otros más importantes. Por ejemplo, el carácter de los artículos que se incluían y las materias de que trataban. Norma aplicada desde un inicio, fue la de admitir trabajos de calidad, inéditos, muchos de ellos preparados especialmente para la revista, en

digno fue el de la corta gerencia general de Eduardo Samaniego Salazar entre fines de 1991 y agosto de 1992, quien ayudó ampliamente la gestión cultural, sin que falte la velada manifestación de desagrado de ciertos mandos medios.

11 El Centro de Investigación y Cultura desaparecería en 1994 al aprobarse un nuevo estatuto orgánico del Banco Central. Años después, se intentó proseguir el trabajo de Cultura, pero con características muy diferentes, aspecto que se tratará al final de este artículo.

cierto modo novedosos en el curso de las investigaciones en aquellos años.¹² Igual, artículos de cierta extensión, que garanticen un amplio tratamiento del tema. La preferencia de sus contenidos se inclinaba hacia las ciencias sociales, la literatura, el arte, la bibliografía y la documentación.¹³

Asunto no menos importante, fue el de la amplitud de criterio con la cual se estudiaban y aceptaban las colaboraciones, sin interesar, en lo más mínimo, la ideología que las informaba. El respeto a las ideas en la práctica de un probado pluralismo fue la exigencia que sus editores se impusieron desde un inicio, sin más límites que el respeto al honor de las personas. Se privilegió el análisis teórico al de tipo coyuntural, sobre todo en temas que podían rozar con la política del país y se descartó toda posibilidad para que un artículo, pudiera estar concebido para la promoción personal de un individuo.

Si se repasa el contenido de los 27 números publicados, una infinidad de temas concernientes a los más importantes aspectos de nuestra cultura fueron tratados in extenso. Solo sus ocho números monográficos podrían confirmar este aserto. Y bastaría citar algunos títulos de los artículos allí incluidos para respaldarlo. Al estado de nuestras investigaciones literarias se unían los resultados de otras referidas a Loja; y a la reflexión sobre la etapa del nacimiento y consolidación de nuestra República, se agregaba el estudio de la cultura andina en nuestro país. Los profesores argentinos Roig y Agoglia enlazaban sus nombres y colaboraciones con los de Agramonte, Acosta Solís, Carrera Andrade, Oberem, Tinajero o Pareja Diezcanseco. Y artistas que generosamente contribuían a ilustrar sus portadas, iban desde la fotógrafa Marcela García hasta el pintor Ramiro Jácome o el dibujante Celso Rojas.

Al llegar a su décimo año de vida, antes que pensar en la publicación de un número antológico, se emprendió en algo más ambicioso: iniciar una colección de obras representativas de nuestras letras a la que se denominó 'Biblioteca de la revista Cultura', a ejemplo de la 'Biblioteca de la Revista de Occidente' de Ortega y Gasset. Surgieron de ella, entre 1988 y 1997, 19 volúmenes con textos tan

12 Solo excepcionalmente aparecieron artículos ya publicados, aceptados, sea por su difícil consulta en bibliotecas o archivos, sea por su importancia en el momento. Es el caso del artículo de Manuel Elicio Flor sobre Montalvo (número 12) o los en homenaje a Rocafuerte, incluido un discurso de Velasco Ibarra (número 16).

13 En el editorial del número 24 se resume el sentido y propósito de esta publicación: "reunir en rigurosa selección, trabajos y estudios que permitan la reflexión sobre nuestra historia y sobre nuestra realidad". Una apretada revisión del contenido de la revista, al menos parcial, consta en el *Índice de la Revista Cultura*, p. 1-18, trabajado por Bruno Andrade y publicado por el Centro de Investigación y Cultura en 1985.

importantes como las *Obras Completas* de Augusto Sacoto Arias, *Montalvo entre la gloria y las borrascas* de Galo René Pérez, *Claraboya y Viñetas del mentidero* de Raúl Andrade, *El hombre ecuatoriano y su cultura* de Fernando Chaves o la edición corregida y aumentada de *Presencia del Pasado* de Hugo Alemán, por no decir, también, escritos de Jorge Reyes, Nelson Estupiñán Bass, Francisco Guarderas, Jorge Benavides Solís, Francisco Tobar García, Filoteo Samaniego y más.

Se podría pensar que, siendo *Cultura* una publicación nacida en el seno de una institución bancaria de primer nivel dentro de la estructura financiera del país, debían incluirse ensayos sobre la economía nacional, sobre las circunstancias imperantes y las proyecciones a corto o mediano plazo. Nada de eso. Desde un inicio, dentro de las políticas editoriales fijadas desde 1978 por las autoridades del Banco, se habló del propósito de fundar otras publicaciones que atiendan estas necesidades, sin duda importantes para la institución. Más aún, el propio Centro de Investigación y Cultura se fijó como una de las metas de su programa de investigaciones, la publicación de una revista sobre historia económica.¹⁴

Se podría pensar, de igual manera, que una revista producida en el seno de una institución pública no resistiría las presiones burocráticas, más que nada de sus autoridades, para fijar el contenido de la revista o para incluir o rechazar determinadas colaboraciones. Nada de ello. Uno de los privilegios del Banco Central en aquella época, fue su carácter de institución autónoma, tal como la teoría monetaria así lo aconseja, lo cual permitió, entre sus virtudes, contar con un personal directivo de altas cualidades técnicas, sólida preparación y probada cualificación humana. Esto garantizó, en toda la existencia de la revista, una completa independencia editorial y, más aún, el estímulo que todo subalterno desearía recibir de sus superiores por una obra bien hecha. Las trabas burocráticas que, en una última etapa complicaron el trabajo, provinieron, más bien, de ciertos mandos medios con exclusiva formación administrativa o ascendidos por simple antigüedad, que no se encontraban a la altura para entender la trascendencia de la labor cultural de la institución en el conjunto de objetivos exigibles, para un auténtico desarrollo económico.

Otro elemento de análisis, radica en la importancia que la revista fue concediendo a su diseño. En los años setenta, cuando la revista apareció, se creía que, a los editores de una publicación académica, no debía interesar este aspecto más allá

14 La Gerencia Técnica del Banco editaría, casi de inmediato, *Cuestiones Económicas* en cuyos primeros números aparecerán colaboraciones de carácter histórico nacidas de las investigaciones efectuadas en el Centro. Éste, por su lado, empezaría a publicar desde 1987 la *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, una primicia en nuestro medio.

de la claridad en la composición de los textos y, en lo posible, de una nítida impresión, pues lo importante era su contenido. Hasta se miraba con cierto desdén a quienes, en un proceso editorial, bogaban por aspectos estéticos vinculados con la presentación de la obra impresa. Basta revisar las revistas de este tipo en aquella época para comprobarlo. Pero una revista como *Cultura* que, a más de ser de alta calidad por su contenido, buscaba su mayor difusión, debía interesar el diseño gráfico como una de sus prioridades. Luego, aspecto no menos importante, ir en el camino de lograr que el impreso se convierta en una obra de arte. Culto al buen gusto, en suma. De este modo, se podrá comprobar cómo, a medida que iban transcurriendo los años, cada ejemplar de la revista se volvía, también, una obra que tendía a lo impecable.¹⁵

Y una última cuestión, la disposición del contenido de la revista se mantuvo prácticamente inalterable durante todo el tiempo de su aparición. Como se recordará, desde el número 2 se estableció una segmentación en el orden de las colaboraciones con estudios, actualidad cultural, creación, arte, documentos y libros. De éstas, solo se eliminaría, más adelante, la de actualidad cultural y se incluiría, en su lugar, una de notas. Fue complejo, hay que admitirlo, establecer una clara diferencia entre los estudios y las notas. Se pensaba que la extensión jugaría un papel determinante, más no fue así, al incluirse como notas artículos de alto valor, lo cual, en ocasiones, creó dificultades de apreciación.¹⁶

*

Como su mismo nombre lo sugería, la revista se consideraba una publicación de cultura, ¿cómo entendían sus editores la misión que se les había impuesto? ¿Qué fin último se pretendía con este trabajo en un ámbito poco dispuesto, por lo general, a estimular las actividades culturales y en aquellos años atraído, más bien, por los avatares de la coyuntura política? ¿Interesaba más el fortalecimiento de la imagen institucional que otra cosa, al destinar el Banco Central recursos a la obra cultural que realizaba?

Conviene recordar que en los días de la aparición de la revista, se vivía en el país el periodo más complejo del proceso de ‘retorno a la democracia’ o, dicho

15 Podría decirse que a partir de su número 17, *Cultura* se convirtió, además, en una ‘publicación objeto’, digna de coleccionarla solo por su presentación. Este logro fue conseguido, en silencioso y devoto empeño, por Jaime Calderón, artista él también, parte del equipo que hacía la revista desde el número 14. Y, así, la crítica no solo comentaba sus contenidos sino, en ocasiones, su forma. Una columna editorial de diario *Hoy* (30 de marzo de 1990), al opinar sobre la revista, decía: “Bellamente impresa, la publicación puede ser catalogada también dentro del ámbito del libro como objeto artístico”.

16 Y, por supuesto, del reconocimiento monetario a su autor por la colaboración entregada.

mejor, de conclusión de uno de sus más largos regímenes de dictadura. Además, estaba por fenecer un ciclo de expansión económica, con efectos negativos en la estabilidad de la moneda nacional, el empleo y el poder adquisitivo de las remuneraciones. Por ello, habría parecido que los tiempos no resultaban propicios para preocupaciones de orden cultural y menos para la aventura de concretar iniciativas en tal ámbito o iniciar empresas en el campo de las letras y las artes. Empero, no fue así. En estos años las inquietudes por lo ‘cultural’ permitieron un florecimiento de programas y proyectos culturales, tanto en el sector público como en el privado.

Para despecho del entonces presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, algunas entidades públicas habían emprendido proyectos culturales, prioritariamente en el ámbito de la promoción de eventos artísticos y en el auspicio editorial.¹⁷ A medida que se abrían galerías, florecía el mercado del arte y nuevas librerías se instalaban y prosperaban al paso de un boom literario latinoamericano, que volvió de moda discutirlo en las tertulias de nuestros escritores y artistas. Y los refugiados que venían de los países del sur del continente, imprimieron nuevos temas de discusión teórica a la vez que revivían los ya adormecidos arrestos revolucionarios de los jóvenes de los sesenta.

De esta manera, se explica que la ciudadanía mirara con aprecio y en ocasiones con no velado entusiasmo, las actividades culturales que organizaba el Banco, sobre todo aquellas de promoción de eventos artísticos a nivel nacional o las de carácter editorial, entre ellas, en primer lugar, la Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano y la revista *Cultura*. Esta impresión favorable ha persistido en la memoria colectiva durante decenios.

Una visión más bien elitista, si por élite en este caso se entiende la expresión de los más capaces en los diversos campos de la creación intelectual, fue la que se desprende del contenido de varios de los más importantes números de la revista. De alguna manera, se seguía el ejemplo de lo hecho por Benjamín Carrión en la primera etapa de vida de la Casa de la Cultura. Si se mira con atención lo que fue el proyecto editorial del Banco Central, no se halla diferencia sustancial con lo trabajado por este inquieto suscitador de la cultura nacional que, de paso, fallecería casi contemporáneamente con los primeros escauceos de *Cultura*.

17 En entrevista concedida en agosto de 1991 a la investigadora francesa Anne Claudine Morel, Galo René Pérez decía, entre otras cosas: “El Consejo Provincial está para abrir caminos, para desarrollar el servicio de la luz eléctrica... Fue creado para eso, pero no para que haga jornadas culturales que cuestan millones de sucres, para que mantenga ballets, coro, orquesta, banda... todo esto cuesta millones de sucres que salen del dinero del pueblo y que no se vierte en beneficio popular. El Municipio no tenía nada que hacer en esto de publicar libros de literatura...”.

Pero no vaya a creerse que, por ello, se afiliaba a pie juntillas al ya controvertido concepto de ‘cultura nacional’; más bien, se abrió al diálogo y permitía que en sus páginas se discutan nuevos temas y aspectos de ese gran espacio humano, nuestro país, variado y multiforme por esencia, resumido en aquello que, años después, sería materia de debate: la interculturalidad. En *Cultura*, por ejemplo, al propio tiempo que se publicaban las ponencias presentadas en el coloquio sobre cultura organizado en 1984 por la Universidad Central, en el que se discutía sobre ‘culturas nacionales y cultura popular’, editaba los trabajos escritos para conmemorar los 250 años del arribo al país de la Primera Misión Geodésica Francesa, con estudios que no tendían a elogiar per sé tan valioso aporte, al estilo tradicional, sino a profundizar en aspectos que concernían a la nueva estructura sociopolítica del país tocantes, por ejemplo, a la evolución demográfica, las mutaciones sociales y cambios del hábitat o al proceso de urbanización y los problemas que se generaban para la vivienda popular.

Durante todo el transcurrir de la revista, se mantuvo vigente el pensamiento del gerente fundador, acogido por quienes, en los años inmediatos siguientes, lo sustituyeron. Abelardo Pachano, por ejemplo, reafirmaba esa idea en un discurso que pronunció en noviembre de 1983, a propósito de la aprobación del Plan de Desarrollo Cultural del Banco Central.¹⁸

Por otra parte, era obvio que de toda esta actividad, incluida la revista, resultaba favorecida la imagen del Banco Central. Casi se daba como por vasos comunicantes, pese a las medidas económicas de ajuste que en ese tiempo se debieron instrumentar. Resultaba, diríase, un contrapeso. A tal grado entró en la conciencia de una mayoría de nuestra población y de las cúpulas dirigentes, la bondad de este trabajo, que más de una vez le permitió mantener el área cultural, cuando flotaban ya inquisidoras propuestas venidas, incluso del propio Banco, por parte de autoridades adheridas férreamente al dogmatismo neoliberal.¹⁹

18 Decía, entre otras cosas, que lo que el Banco pretendía a través de su actividad cultural no era sino “conseguir una identificación del hombre actual del Ecuador con sus antepasados, recoger sus mejores experiencias, constituir un acervo y en base a su demostrado coraje marchar hacia la conquista de un futuro mejor”. E insistía, complementando lo anterior, que “muy difícil resulta hacer política económica cuando se desconoce un país, muy difícil o imposible es tratar de interpretar a un pueblo si no se conoce su historia...”. *Cultura*, N° 17, septiembre-diciembre 1983, p. 42.

19 Por ejemplo, la negativa del Congreso Nacional a la propuesta del Gobierno contenida en el texto de reformas a la Ley de Régimen Monetario y Banco del Estado por la cual se buscaba desprender jurídicamente al área cultural del Banco Central. Varios legisladores, en sesión de 16 de agosto de 1994, expresaron su total inconformidad con la sugerencia del presidente Durán Ballén y sus directos colaboradores, idea tanto más criticada cuanto las mismas autoridades del Banco Central que se oponían a destinar recursos para proyectos culturales, contemporáneamente asignaban otros, y mucho mayores, para salvar de la quiebra al Banco Continental.

*

Renovadas las autoridades superiores del Banco Central y nombradas en su reemplazo personas de reconocida sensibilidad para con las manifestaciones del espíritu, Danilo Carrera Drouet en la Junta Monetaria y Fidel Jaramillo Buendía en la gerencia general de la entidad, retornaron mejores tiempos para los proyectos culturales del Banco. Entre ellos, el editorial. De este modo se dio inicio a lo que, tal vez erróneamente, se denominó una segunda década para la revista, cuyo primer número circuló en mayo de 1997. En su presentación se fijaban los nuevos objetivos: ser “un medio de comunicación dedicado a la difusión de la información y la investigación cultural”. Y justificaba esta pretensión del modo siguiente: “Concebida como una revista cultural de frecuencia trimestral, *Cultura* ha renovado tanto su imagen gráfica como su concepto editorial con el objetivo de adecuarlos a las necesidades culturales de la sociedad ecuatoriana de fin de siglo”.

Y, en efecto, así ocurrió en los nueve números que aparecieron en esta, que difícilmente podría ser calificada como ‘segunda etapa’ de la revista, pues ella perdía sus características originales, esto es, ser una revista de pensamiento y reflexión sobre los grandes temas de nuestra cultura. Por obra y gracia de ‘adecuarla’ a los nuevos tiempos, se volvía, ante todo y tal como lo confiesan sus nuevos editores, una revista de divulgación y de tratamiento muy somero, de temas concernientes a la cultura, al estilo de la revista *Diners*, cuya semejanza en fondo y forma, es innegable. Si el nuevo siglo exigía nuevos retos, éstos habían caído en un territorio muy diferente al del periodo anterior: un espacio en el cual predominaban las maneras ‘light’ de la expresión social.

Pero lo dicho no resta mérito a este nuevo trabajo editorial del Banco. Una de las características más notables, fue su impresión a todo color y el papel fino que se utilizaba; lo propio, aunque en tono menor, su diseño. Del contenido de sus nueve números -el último aparecerá en 2002-, puede decirse que es merecedor de aplauso. Artículos variados, instructivos; si bien ligeros en el tratamiento de los temas que abordan, no por ello desmerecedores por su calidad. Sus editores, Xavier Michelena, Carlos Landázuri y Adriana Grijalva de Dávila.

*

De este modo termina una actividad editorial de lustre, recogida hoy en las estanterías de la sección hemeroteca de algunas bibliotecas, aquí y en el exterior. No se iguala lo que una entidad pública hizo en este periodo, desde 1978, no solo por la inmensa variedad de publicaciones periódicas que alentó, sino por el ahínco que puso en cada una de ellas. Imaginemos, tan solo, la cantidad de

revistas culturales que editó simultáneamente, cuyo elenco sería hoy largo nombrar. Obra de toda una generación que, casi por casualidad, se agrupó en una de las más bellas etapas de la vida institucional del Banco Central. *Cor unum et anima una*, como diría el poeta.

Bibliografía

Andrade, Bruno

1985. *Índice de la Revista Cultura*. Centro de Investigación y Cultura. Banco Central. Quito.

Banco Central del Ecuador

1979. *Memoria del Gerente General del Banco Central del Ecuador*. Imprenta del Banco Central. Quito.

Espinosa, Rodrigo

1978. "Presentación". En *Cultura*, N° 1 (mayo-agosto). BCE. Quito.

1979. "El segundo año de Cultura". En *Cultura*, Vol. 2, N° 4 (mayo-agosto). BCE. Quito.

Espinosa, Simón

1981. Revista *Cultura*, Vol. IV, N° 11 (septiembre-diciembre). BCE. Quito.

Pachano Bertero, Abelardo

1983. "La acción cultural del Banco Central del Ecuador". En *Cultura*, Vol. VI, N° 17, (septiembre-diciembre). BCE. Quito.

Zapater, Irving

1982. "Nuestro primer Director". En *Cultura*, Vol. V, N° 12 (enero-abril). BCE. Quito.